

y de aquí el lógico nacimiento de nuestro verbo *macanear*; andando el tiempo se adoptó el machete como herramienta más eficaz que la primitiva y criolla macana, bien que el verbo *macanear* está vivo hasta los presentes días. Desechamos, pues, el indiano instrumento en nuestras labores agrícolas, mas no el fonema verbal que de él se derivaba.

Usamos también el provincialismo *macanear* con el significativo de empeño en un determinado propósito. Ejemplos: estoy macaneando tal o cual negocio, equivalente de estoy empeñado en el desarrollo de tal o cual negocio o empresa.

Igualmente usamos el adjetivo *macanudo*, *macanuda* para significar idea de fuerza, de poder, de cosa magnífica, así: hombre macanudo, suceso macanudo, mujer o hembra macanuda. Este adjetivo es popularísimo en la República del Plata, y de reciente introducción en Colombia, a donde nos ha llegado, pienso, por el hilo del cine y por la gran invasión de libros y revistas argentinas que vinieron a reemplazar en nuestra patria gran parte del material lectivo que recibíamos de Europa antes del conflicto bélico mundial. Al menos, antes de 1939 apenas si oíamos el terminacho, al paso que hoy es muy popular la tal palabreja que, ojalá, mi Dios confundiera en los físicos antros del Averno!

Punto final aquí en lo tocante con nuestro vocabulario taíno, para proseguir, en próximo estudio con los otros mestizajes que esmaltan al castellano que hablamos en Colombia.

ENRIQUE OTERO D' COSTA

CONCEPTOS SOBRE EL IDIOMA

"La lengua se encuentra colocada entre lo pasado y lo porvenir; y aquí, como en todas las demás fases del progreso, la obra difícil, la que más juicio y sabiduría requiere, es la de armonizar el movimiento con el orden, sin abrazarse al sistema de la enervante estabilidad, pero tampoco al de la loca innovación".

MARCO FIDEL SUAREZ

Un distinguido periodista argentino ha dicho que el escritor es el hombre sobre el cual recae la misión altísima de dirigir a la opinión pública, y en todo instante ha de procurar elevarla a altas cimas de moral, de justicia y de cultura. Su quehacer, agrega, debe tender precisamente a ilustrar a los indoctos y a educar la sensibilidad de los

rústicos, y no a fomentar sus lacras y defectos descendiendo al nivel de sus imperfecciones. Si admitimos que el pueblo habla mal, ello será una doble razón para que el escritor procure escribir lo mejor posible, contribuyendo en la medida de sus fuerzas al mejoramiento del idioma patrio, que es una de las bases en que descansa la razón de ser de la nacionalidad.

En las ideas que de manera sintética vierto en seguida, no ha de verse el afán de dirigir a la opinión pública americana, que cuenta felizmente con múltiples autorizados voceros, sino el más cónsono con mi idiosincrasia, de rendir mi tributo, desde esta altísima y prestigiosa tribuna, a la causa de la justicia, de la cultura y de la verdad.

No habla bien quien piensa mal, ni piensa bien el que mal habla. La reflexión trae a mi espíritu el recuerdo de lo afirmado por el escritor hispano Mora: "Es imposible que un lenguaje desordenado, inculto y en el que se eche de menos el esmero en la elección de la voz propia y genuina que corresponde a cada concepto, no proceda de un entendimiento confuso, de un gusto depravado, de una instrucción mutilada, incompleta y errónea".

El imperio espiritual del castellano, y su inviolabilidad, debieran ser un dogma de la raza, en contraposición de la idea pequeña, alentada por un espíritu regional y mezquino, que confunde lengua con lenguaje y que a impulsos de un falso americanismo quisiera formar rancho aparte con su menguado caudal, "la piltrafa de una lengua rioplatense", en desconocimiento u olvido de la grande y profunda verdad que expresa Américo Castro al observar que "puede haber esclavitud con idiomas diversos, y altiva independencia con habla idéntica".

"En reiteradas ocasiones —sienta el ilustre lexicógrafo Miguel Luis Amunátegui Reyes— he comprobado yo mismo que una gran parte de los decantados chilenismos son términos usados en Europa desde tiempo atrás, o palabras corrientes en varias regiones de América, o simples figuras de retórica que cada cual está autorizado a emplear con discreción y que el Diccionario académico sólo recoge cuando se han hecho muy comunes". Y añade esto, que en mi concepto no admite réplica: "En mi humilde sentir, para que una dicción pueda apellidarse chilena o ser admitida como chilenismo, es menester que sea propia o peculiar de Chile, y es claro que no lo son las que también están en uso en otras regiones de América".

Lo otro, sí es cuestión de nombre. Cuando un vocablo sea de empleo exclusivo en estos países del Plata, habrá que denominarlo rioplatense. Cuando, además, se emplea en Chile, Perú, Bolivia, Paraguay, etc., habrá que llamarlo americanismo, con simples notas aclaratorias relativas a la extensión de su uso, para distinguirlo de los comunes a todo el continente, con arreglo a las exigencias de la verdad. Y cuando ocurra lo que Amunátegui Reyes observa, que tales diccio-

nes provienen de España y son de rancia estirpe, deberá consignarse que son hispanoamericanas, ni más ni menos.

El baturro de Larra opinaba que lo mismo da decir las cosas de un modo que de otro, y no faltan quienes entienden que las incorrecciones y demasías son indicios de la presencia de la verdad. Refieren que un fulano, queriendo decir "gimnasia" solía decir "magnesia", con la agravante circunstancia de que muy seriamente sostenía que ambas palabras significaban una sola y misma cosa. Es la misma doctrina que profesaba el baturro del cuento. Pero nosotros, contrariamente, pensamos, en la buena compañía del doctor Adolfo Valderrama, que un escritor es como un soldado: ambos necesitan conocer sus armas, y el arma de que disponemos y de que nos servimos para expresar nuestros pensamientos, es el hermosísimo idioma de Cervantes, del cual se ha dicho con razón que es sólido y refulgente como el mármol, brillante como el fuego y sonoro como el mar.

La inmensa mayoría de las incorrecciones del habla de estos países tienen, pues, un uso más o menos general en el continente, o son de vida secular; y ello importa encarar bajo una nueva faz problemas originados en calificaciones equivocadas. La Academia Española insiste todavía, en el capítulo concerniente a los vicios de dición, en el error de calificar de barbarismos a voces arcaicas del idioma, y hay quienes llaman vulgarismos a arcaísmos notorios. No quisiera que se viera en mi insistencia acerca de este punto una manifestación de aquella observación tan conocida, de que quien trata un determinado asunto, comúnmente lo engrandece a expensas de lo que lo rodea, inconveniente inseparable de toda especialización. Desearía sí que se mirara como una prueba de mi constante e indeclinable adhesión a la verdad, que es el amor más grande de mi vida.

Un tratadista argentino, autor de diversas obras de alto interés lexicográfico, don Eusebio R. Castex, de perfecto acuerdo con las ideas que quedan expresadas, arriba a la conclusión de que nada nuevo hemos inventado, como no sea el miserable lunfardo, y "todo nuestro criollismo, agrega, no es más que hispanismo rancio. Antes, cuando éramos pocos, éramos sin embargo más; es decir, menos en número, pero más criollos, más castizos, más puros. El conservar, pues, la pureza de nuestro idioma, aventando de él toda palabra bárbara, es acción verdaderamente patriótica, porque es conservar sin mancha la tradición de nuestros abuelos".

Otra autoridad igualmente respetable, el doctor José León Suárez, sienta a propósito de esos pretensos americanismos y argentinismos: "En realidad se trata casi siempre de voces anticuadas, de regionalismos peninsulares o simplemente corrupciones llevadas a cabo en España e introducidas luego en América". Y concluye: "Es de interés público ibero-americano el mantenimiento de la unidad del idioma, dentro de una flexibilidad de criterio que permita perfeccionamientos y variaciones de forma".

De esa flexibilidad de criterio me hacía yo intérprete hace ya varias décadas en mi opúsculo "Sobre lenguaje", en que expresé: No nos ciegue el respeto a lo pasado, ni encerremos nuestro idioma en los mezquinos moldes de un afectado purismo. Sentiría infinitamente contribuir al triunfo de escuela de tan estrechas miras. Imitemos a los padres de familia que se esfuerzan en dejar a sus hijos un patrimonio mayor que aquel que les cupo en suerte; recojamos tan provechosas enseñanzas; procuremos aumentar el acervo común; acrecentemos la valiosa herencia, y, acrecentada y rica, pase la hermosa lengua castellana de nuestros labios a los labios de la posteridad.

Esto de bautizar con nombre nacional lo ajeno, no es exclusiva manía de las gentes de estas tierras. Un ilustrado lexicógrafo chileno, el padre don Camilo Ortúzar, trae como chilenismos *encamado*, *materia prima*, *partido* (matrimonio), *peine* (bellaco), *pícarón* (en sentido cariñoso), *no tener donde caerse muerto*, *hacer de las suyas*, que se leen en Pereda, y *agredir*, *batiburrillo*, *bochinché*, *bombástico*, *bombo* (ostentación), *canje*, *canjear*, *caray*, *campaña*, *crinolina*, *chapetón*, *chicharrón*, *elucubración*, *epígrafe*, *explotar*, *financiero*, *financista*, *fritanga*, *hotel*, *mancarrón*, *manión*, *masas* (por pueblo), *mensura*, *mistificación*, *mobiliario*, *mojinete*, *notabilidad*, *ovación*, *pararse* (por ponerse en pie), *a pata*, *plata* (por dinero), *platal*, *policía* (agente), *pollera* (por falda), *rango*, *sendos*, *susceptibilidad*, *tesonero*, *tomar*, *tomador*, *tranca*, *trompada*, *trompezón*, *tropa*, *al tuntún*, *vagamundo*, *vulgaridad*, etc.

Estos mismos vocablos y frases, o casi todos ellos figuran como argentinismos en las obras de Segovia y de Garzón; es decir, que con parejo derecho, o con la misma falta de derecho, son llamados "chilenismos" del otro lado de los Andes y "argentinismos" del lado de acá, con la curiosísima particularidad de que todos ellos, sin excepción alguna, se leen en los antiguos escritores de la península.

Indudablemente, para tratar este género de cuestiones se necesita un conocimiento de la literatura española, y especialmente de los autores clásicos, muy superior a aquel que está al alcance de la generalidad y de no pocos diccionaristas que olvidan que los lexicógrafos deben proceder como los buenos bodegueros. "Estos no echan su vino al mercado mientras no haya envejecido; aquéllos no deben acoger un vocablo al cual faltan los años necesarios para entrar en el común acervo del idioma".

"No aspiramos, agrega Amunátegui Reyes, a la desacertada y ridícula presunción de formar un idioma nacional. Procuraremos sí, estudiando la gramática, conservar el que nos legaron Cervantes, Calderón y Ercilla, enriqueciéndolo y mejorándolo racionalmente".

Hay que emprender de inmediato la colosal empresa de *la revisión de regionalismos*, proyectada por la Academia Española en comunicación publicada por la Academia Chilena y la Argentina de

Letras, y que persigue la razonada incorporación al acervo común de las voces correctas y necesarias, la juiciosa eliminación de las innecesarias e impropias, la corrección de las erróneamente definidas y la determinación por zonas del uso autorizado por los buenos escritores. Es ésa una grande, luminosa idea, destinada a producir inestimables bienes. Las normas señaladas por Julio Casares en dicha comunicación y por Augusto Malaret en publicaciones múltiples, llenas de prudencia, de sabiduría y de sentido práctico, deben informar en mi sentir, junto con las indicaciones formuladas por el meritísimo padre Ragucci en su opúsculo *Apuntaciones sobre el Diccionario de la Real Academia Española*, toda labor lexicográfica que aspire a ser trascendente y fecunda.

Otro alto espíritu, el poeta Amado Nervo, señaló un nuevo camino conducente al mismo plausible fin: una más intensa unión mental entre todos los que hablamos español, un nutrido intercambio de libros. Es ése un deber que por nuestra parte los americanos cumplimos, y ése el deber que deseamos ver cumplir a los peninsulares.

Sabemos hasta la saciedad con cuánta desatención procedió a este respecto tradicionalmente el organismo encargado de limpiar, fijar y dar esplendor a la lengua. Luego se produjo la reacción, que imitó las oscilaciones del péndulo, y es notoria la facilidad con que en los tiempos últimos la docta Corporación se ha apresurado a registrar en las columnas del léxico y en el *Diccionario manual*, a título de americanismos, españolismos de la más rancia estirpe y vulgarismos de la más baja ralea.

Nuestro castellano sufre los tirones del arcaísmo y del neologismo, sufre la influencia del extranjerismo y del barbarismo invasores, sufre la acción malsana del compadrazgo y las contaminaciones inferiorizantes del vulgo, que muchos aturdidamente confunden con el pueblo. Pero pueblo y vulgo, observa con razón Herrero Mayor, lingüísticamente no es lo mismo. El primero funde y pone en actividad la lengua corriente; el segundo la empobrece y la deforma. El vulgo es la ignorancia, el montón anónimo, la chusma, que nada o sumamente poco pesan en la balanza del idioma; el pueblo, en cambio, lo formamos todos, y el uso popular respetable es el de los buenos escritores, sujeto a las normas de las eternas leyes horacianas.

Enriquecer las lenguas es acrecentarlas por los medios legítimos, dijo Capmany, y ése debe ser nuestro norte y nuestro afán: enriquecerla sin desnaturalizarla; incorporar al léxico español *el lenguaje americano, que eternamente será lenguaje y no idioma*, y buscar en la unificación y la armonía la total realización de nuestros anhelos. Nuestra posición espiritual — la única que creemos compatible con el grado de cultura que hemos alcanzado y con el espíritu de los tiempos que vivimos — es de amplitud y comprensión.

Hay un retorno manifiesto al castellano tradicional; el tiempo es de restauración del sentido espiritual del idioma. Luchar por la conquista de tan nobles y altas finalidades, es velar por la perpetua grandeza de nuestra raza inmortal.

Más de dos mil años antes de que se fundase Roma, observa un comentador, tenía España la lengua que ahora tiene, aunque no tan limada.

Es cosa sabida de todos que el castellano primitivo tuvo su origen en la provincia de Asturias y que de allí fue descendiendo hasta llegar a Castilla, donde adquirió el carácter de idioma, cuyo nombre lleva por ello. De las provincias del sur de España pasó a América con la Conquista, incorporando a su paso cuantas riquezas encontraba, como un río que acrecienta su caudal con todos sus afluentes y concluye por transformarse en mar. Los que hablan en América de idiomas regionales derivados de la lengua madre, ignoran por lo visto esta tradición y esta mancomunidad, que a todos nos honra: a España, por habernos obsequiado con tan precioso tesoro; a América, porque no lo ha dilapidado, sino que con amor lo ha conservado y sabido acrecentar.

Nadie con más exactitud que Monlau describió su gloriosa marcha. "La lengua castellana, dice, empezó a ser idioma vulgar o romance hacia el siglo X; tomó índole y forma de dialecto culto en el reinado de Alfonso el Sabio; adquirió cierta grandiosidad bajo los reyes don Juan II y don Fernando el Católico; halló pompa y majestad en el reinado de Carlos I, y bajo de su hijo Felipe II se pulió, se enriqueció, y añadió a la abundancia, mayor suavidad y armonía".

Y ningún español ha interpretado con más elocuencia que Castelar la conveniencia recíproca de un idioma común, al hacer referencia en su discurso de recepción en la Academia Española, al lenguaje de "*estos pueblos libres e independientes*, unidos con nosotros por las afinidades de la sangre y de la raza, como por las más íntimas y más espirituales del habla y del pensamiento".

La idea del "idioma nacional argentino", ha expresado Menéndez Pidal, padre de la moderna filología española, está muerta y enterrada siete estados bajo tierra. Este es también mi modesto sentir, contra el pensar y el deseo de algunos caballeros atosigados con el patriotismo.

Cierto, Echeverría, Sarmiento, Alberdi y Gutiérrez se constituyeron en campeones de la oposición a la lengua de los progenitores, salvo que la divergencia de este último sólo se manifestó en el hecho del rechazo del diploma académico con que con justicia se le honró. Pero Echeverría recomendó a los americanos todos trabajar y enriquecer nuestra lengua, sin alterar con postizas y caóticas formas su índole y esencia, ni despojarla de los atavios que le son característicos. Y es sabido de todos que tanto Alberdi como Sarmiento, te-

naces impugnadores del habla española, no concluyeron sus días sin confesar paladinamente su error y sin mostrarse arrepentidos de su ex abrupto juvenil.

Independientemente de ello, es de considerar que tanto el autor de *La cautiva*, como el de *Facundo*, como el de las *Bases para la organización de la Confederación Argentina*, sufrieron el influjo de las ideas dominantes en su época. Su oposición al idioma español, con efecto, no fue sino el eco de las luchas por la Independencia, que naturalmente dejaron sus resquemores.

El verdadero creador del "idioma nacional argentino" no es pues ninguno de esos argentinos ilustres, sino el francés Abeille, cuya obra la alta autoridad de Ricardo Rojas juzga así: "Repudio ese libro porque carece de sistema científico y porque fomenta las inclinaciones más barbarizantes y vanas del patrioterismo criollo".

Los partidarios de la escisión y el aislamiento idiomáticos lamentarán toda su vida el tiempo malgastado en una obra antipatriótica y estéril y el haberse apartado del camino de lo verdadero, bueno y justo. Un nacionalismo que se pone a discutir la legitimidad del español en menesteres de idioma, no sólo es infantil (con perdón de los niños), ha dicho Gabriela Mistral: es desatinado y absurdo.

Una de las primeras cuestiones que surge al enfrentarnos al trascendente problema del uso autorizado, es el de la influencia del número, que es decisiva en nuestras democracias. Pero la fuerza avasalladora del número, que nuestras democracias consagran, no es todo ni mucho menos. Hay que acatar sus mandatos como imposición de la necesidad tratándose de la escogencia de las autoridades y la organización política del Estado, y como norma destinada a conjurar los estragos de la arbitrariedad y el capricho. Valen, empero, infinitamente más que ella los principios de libertad y justicia, los fueros de la verdad y la razón, el imperio de la moral y el bienestar públicos.

Recuerdo a este respecto lo que expresé alguna vez sobre la ley de las mayorías: las mayorías deben contarse, no por la cantidad de hombres, sino por el número de autoridades. Así, las opiniones de un Bello, de un Cuervo, de un Jovellanos, de un Hartzenbusch o de un Salvá, valen a mi juicio incomparablemente más que las de miles de personas que hablan porque sí, porque no han visto hacer a las demás otra cosa en la vida. (*Sobre lenguaje*, pág. 16). Y, ante todo, recuerdo la afirmación, tan categórica como exacta, de Rodó: "La multitud, la masa anónima, no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie o de civilización según carezca o no del coeficiente de una alta dirección moral".

Por lo demás, concretándonos al caso en estudio, la solución del arduo y complicado asunto no puede consistir en aumentar desatentadamente el número de vocablos y expresiones sin discernimiento de especie alguna.

El pueblo crea los idiomas, ciertamente. Es cuanto podemos conceder en obsequio de su soberanía. Pero el pueblo — ya lo hemos observado — no es el montón anónimo, ni la chusma, ni la hez social.

La Academia está muy distante de haber dado cabida en sus lexicones a todo el caudal de la lengua hispano-americana. Entre tanto, bregar por que el lenguaje americano sea incorporado al idioma de Castilla es para nosotros un incoercible derecho, y acceder a nuestros anhelos constituye para los peninsulares un imperioso deber.

Y este derecho y este deber tienen un límite, como todos. La cuestión no se resuelve cerrando los ojos a la luz y procediendo en bloque a la admisión o rechazo de palabras porque sí, según se ha hecho más de una vez.

Durante muchísimos años, la Academia, sorda a todo requerimiento americano y en uso de un poder tan excesivo como inconveniente e injusto, se mostró renuente a toda solicitud y fue un *hortus conclusus* para nuestro continente. El lenguaje de uno o varios países de América valía menos para ella que el de cualquiera, aun la menor, de las provincias de España.

Se hacía eco, o coparticipaba, del pensamiento equivocado de Clarín, quien dijo alguna vez: "Los españoles somos los amos del idioma". Pero nosotros no aceptamos amos porque no somos siervos; rechazamos toda guarda, porque no somos incapaces ni menores. Deseamos sí la incorporación de nuestro lenguaje al del pueblo español, en uso de un derecho indiscutible, en procura de una armonía superior y en defensa, como ha dicho Arturo Capdevila, de "una riqueza grande, espiritual, histórica y moral, de las mayores que en los siglos hayan aparejado las almas sobre la tierra".

Después vino, como es natural, la reacción, y multitud de voces han pasado a figurar en el Diccionario, unas con pleno derecho, otras sin derecho alguno. Fueron incluídas en él sin mayor estudio ni fiscalización. Leyéronse impresas en vocabularios americanos, donde hay de todo como en botica, y se copiaron, sin más trabajo que poner a continuación: *americanismo*, *argentinismo*, *chilenismo*, etc. Sirvan de elocuente testimonio *arfil*, *arfiler*, *arquiler*, *confeti*, *grupié*, *volumoso* e *incensio*, que por sí solo despide mal olor... Ciertamente, ello se contiene, no en el léxico general, sino en el citado *Diccionario manual e ilustrado*, que es una especie de globo de ensayo donde las palabras están en observación, como algunos en los manicomios. Con razón, pues, un conocido periodista chileno dijo de él que "desempeña el mismo oficio que el Museo de Luxemburgo: en este colocan los franceses las obras de arte por vía de ensayo, mientras la crítica y el tiempo deciden si deben pasar al Louvre o si conviene enterrarlas en alguna colección lejana de provincia".

En infinidad de casos, casi invariablemente, esos pretensos americanismos, argentinismos, chilénismos, etc., son, como se ha observado,

regionalismos peninsulares, o simplemente corruptelas sin nacionalidad, tan usadas entre nosotros como en España.

Hay quienes piensan que reconocer la exactitud de estos hechos, notorios para los hombres entendidos, es inconveniente y antipatriótico. No participo de tal modo de pensar. Para mí, la verdad es superior a todo: sólo ella engrandece la vida y da jerarquía a los valores.

Por la verdad seremos libres, reza el Evangelio, y ese debe ser el emblema de nuestro escudo. La historia nos habla de militares que quebraron su espada por no mancharla con el deshonor. Yo rompería la pluma en mil pedazos, antes que ponerla al servicio de la arbitrariedad, de la corrupción o la mentira.

El único sentido y significación que pueden tener los anhelos de los partidarios de un idioma argentino existente o en formación, es erigir en lengua propia del país el lenguaje que aún se emplea en los campos rioplatenses, tan copiosamente contenido en esa obra monumental que se llama *Martín Fierro*.

Pero si tal es el alcance de las prédicas que combatimos, forzoso es concluir que lo que se juzga independiente y propio no es nada más que el grande e inmortal idioma español.

Es cosa bien averiguada que las diferencias fonéticas, así como las variantes léxicas, sintácticas, morfológicas y semánticas que se advierten entre el lenguaje de estos países y el idioma culto español, carecen de importancia a los ojos de los hombres entendidos.

En cambio, el dar a la *v* el mismo fonema bilabial de la *b*, el *seseo* y el *voseo*, la sustitución de la *x* por *s*, la pérdida de la *d* en las voces terminadas en *ado* e *ido*, la supresión de la *g* en *aúja*, *aujerear*, *aujero* y sus semejantes, la caída de la primera consonante en los grupos *bd*, *bs*, *ct*, *pt*, *gn*, *mn*, *dj*, *pc*, *sc*, las aféresis de *salmo*, *sicología*, *seudo*, etc., las prótesis, las epéntesis, las paragoges, las metátesis, los defectos de acentuación, son errores y vicios —si errores y vicios son— tan americanos como españoles, como lo ha afirmado el competente profesor don Juan B. Selva y como lo comprobé documentadamente en mi opúsculo *Arcaísmos españoles usados en América*, luminosamente comentado por los profesores Justino Cornejo, del Ecuador, y Alfredo F. Padrón, de Cuba, y recientemente por el Académico doctor Enrique D. Tovar, del Perú, en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. Si a esto se agrega que *adivinar*, *agora*, *ande*, *asigún*, *asperar*, *cai*, *cimiterio*, *cubija*, *chiminea*, *dejuero*, *denantes*, *dende*, *escrebir*, *estrumento*, *hespital*, *golver*, *gomitar*, *güeno*, *güerta*, *güeya*, *jeder*, *jolgorio*, *juír*, *medecina*, *ñudo*, *pidir*, *pior*, *vide*, *vigüela et sic de coeteris* son también palabras arcaicas, menester es convenir en que todo el *Martín Fierro* está escrito en español de muy buena cepa, en que más del 90% de sus voces son de rancia estirpe hispana y en que una mínima parte solamente tienen origen americano: aquellas que sirven para designar objetos propios de estas tierras.

Somos los dueños de un tesoro de valor inestimable. Gibbons, el sabio cardenal Gibbons, decía que el español es el idioma de los dioses, en un todo de acuerdo con Víctor Hugo, para quien era divina la lengua castellana.

Aunque muchos lo ignoren, es menester proclamar que el idioma obedece a leyes, y que esas leyes están en la naturaleza de las cosas. El uso, el mejor uso, es el único digno de convertirse en regla, y los vicios e irregularidades en que tanto se repara, carecen de nacionalidad, ya lo hemos visto: son tan hispanos como nuestros.

El hablar de una manera impropia —se lee en el *Fedón* y conviene recordarlo— es una especie de daño que se causa a las almas.

Pero no es incurrir en falta alguna tomar en consideración las aspiraciones del pueblo y contemplarlas.

El castellano, desde los lejanos tiempos de Nebrija, huyó siempre de las dobles consonantes, de las articulaciones difíciles, de las combinaciones faltas de claridad. Hay una propensión en el habla popular a suprimir consonantes molestas. Existe en el idioma una tendencia a formar sílabas simples, de una vocal y una consonante, y de una consonante y una vocal. Las vocales principales en todas las lenguas son la *a*, la *i* y la *u*. Ellas forman el triángulo horcheliano, de evidente utilidad en la filología moderna. La *e*, que ocupa un lugar intermedio entre la *a* y la *i*; la *o*, entre la *a* y la *u*; la *ü* (donde existe), entre la *i* y la *u*, son de naturaleza secundaria. De ahí la facilidad de su transformación y desaparición.

El desconocimiento de estas verdades puede inducir a muchos en error. Rindámosles, entre tanto, cumplido acatamiento cuantos estimamos la unidad idiomática lazo de unión permanente y conceptuamos el idioma que nos ha tocado en suerte una fortuna incomparable.

Repito, pues, lo dicho ya otras veces. Un sentimiento más alto y respetable que la pueril vanidad, que el subalterno interés de poseer un idioma independiente, debe impulsarnos a la conciliación y la armonía; a borrar toda barrera opuesta a la confraternidad de pueblos de un mismo linaje; a hacer de nuestra habla americana una sola y misma habla, y a bregar por todos los medios por que el valioso caudal del léxico de estos países se incorpore a la lengua de Castilla, a fin de que desaparezca una vez por todas la hoy incomprensible anomalía de que carezca de sitio en el Diccionario académico parte importantísima del precioso tesoro que representa el lenguaje hablado por más de cien millones de hombres en las naciones del continente americano de origen español.

CARLOS MARTINEZ VIGIL

Montevideo.